



Comisión de
Educación

Asamblea de Educación 2012

La Gestión de las Obras Educativas en Clave de Pastoral

Los Teques, Venezuela, 26 al 28 de abril

La Esencia de la Formación Pastoral

Fidelidad a la identidad y misión apostólica de nuestras obras educativas

Luis Ovando Hernández, S. J.

Introducción

¿Qué es lo esencial de nuestra vida, que ha de estar presente constantemente, de modo que nuestro “ser” y nuestra “razón de ser” queden salvaguardados? ¿Qué es aquello que no debe faltar para que efectivamente haya pastoral cristiana en nuestras instituciones?

Como muy bien se ha indicado en la invitación a esta Asamblea, la gestión de las obras educativas en clave pastoral supone dos grandes áreas de acción, las cuales deberán positivamente determinar todas las decisiones (conscientes de que leyes y burocracia no han de entorpecer demasiado nuestras buenas intenciones); por una parte, está el bloque que concibe “la pastoral como eje vertebrador o dimensión estratégica de la organización y gerencia de los procesos institucionales”. En segundo lugar, y en íntima relación con lo anterior, está el tema de la siempre necesaria formación de “los equipos directivos, el personal y, muy especialmente, los equipos de pastoral, para que nuestras obras sean fieles a su identidad y misión apostólica”. A partir de este segundo objetivo responderemos a la pregunta por lo esencial de la formación cristiana para nuestro personal (y para nosotros).

1. Un poco de etimología

Para focalizar aún más nuestro aporte, aproximémonos al significado de la palabra esencial, de manera que cumpla su función discriminatoria a la hora de tomar decisiones de índole pastoral.

“Esencial” proviene de “esencia”, y esencia viene del latín “*essentia*”, que no es sino la traducción literal de la palabra griega “*οὐσία*”. En el Diccionario de la Real Academia Española “esencia” significa diez cosas distintas. Presentamos acá aquellas que arrojan matices clarificadores y/o están más relacionados con lo que queremos.

Esencia es en primer lugar “aquello que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable”. Por otra parte, es “lo más importante y característico de una cosa”. Esencia también puede entenderse como un “extracto concentrado” o un “perfume líquido concentrado”. La esencia finalmente es algo “indispensable” e “inseparable”.

Esencia tiene que ver entonces con la naturaleza de las cosas, con lo más genuino y nuclear de éstas. Es lo que da consistencia a las cosas, donde todo cuanto existe se apoya permanentemente: es el centro, el soporte. La esencia es lo que otorga el ser y la razón por la que se es. Con otras palabras, sin esencia ni somos, ni hacemos, ni nos relacionamos. Es indispensable, es lo más importante y característico que poseemos.

Generalmente, la esencia es una. Todo cuanto “es sostenido” por la esencia está inevitablemente

relacionado con ella, y recibe de ella una “nota” que lo caracterizará siempre. Lo sostenido por una esencia se constituirá alrededor de ésta como parte de un sistema, de un conjunto, siendo uno con la esencia. Sin la esencia ni existimos ni hacemos, lo dijimos; pero también hay que reconocer que sin sistema no hay esencia, pues no existiría realidad que la contuviese.

2. ¿Qué es esencial para nosotros?

En nuestro ser seres humanos, esencia y realidad se dan “sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación”.¹ No obstante la esencia siendo una, nosotros podemos dar fe de que existen muchas cosas que nos son esenciales.

Podemos realizar un pequeño ejercicio entre los presentes, preguntándonos por lo que honestamente es tan esencial en nuestras vidas que, de faltar, no seríamos lo que actualmente somos, ni haríamos lo que hoy día hacemos apoyándonos en eso que somos.

¿Qué es esencial para mí? ¿Qué es eso que constituye mi sostén primero y último? ¿Cuál es el centro de mi vida, alrededor del cual gira y se apoya todo lo demás? ¿Qué es lo que más y mejor me caracteriza como persona? ¿Qué es aquello a lo que le dedico mi cuerpo, mis fuerzas físicas, mis pensamientos? ¿A qué doy vida? ¿Qué es lo permanente en mí?

Repetimos. La esencia es una, pero hay cosas en nuestra realidad que consideramos esenciales, porque las valoramos indispensables, importantes, etc. Que existan “realidades esenciales” no debe llevarnos a pensar en antagonismos o rivalidades entre ellas; probablemente éstas estén buenamente relacionadas con nuestra esencia y nos ayuden a comprender mejor “la pasta de la que estamos hechos”. La esencia las determina, y ellas sostienen a la esencia y nos la dan a conocer.

Volvamos a nosotros. Del hecho de que estemos acá, podemos inferir dos realidades esenciales comunes. La primera es nuestra experiencia de Dios, a quien llevamos dentro de *lo más íntimo de nuestra intimidad* (San Agustín),² y que es lo mejor que nos ha podido ocurrir, y por eso rauda y velozmente estamos dispuestos a compartir dicha experiencia con todo aquel que nos pida razón de tal experiencia (Cf. 1Pedro 3,15). La segunda realidad esencial que nos acomuna es nuestro amor sincero por la educación: creemos y amamos nuestro trabajo.

3. La esencia de la formación pastoral

Demos por supuesto que todos estamos enterados de la identidad y misión de nuestras respectivas instituciones; asimismo, hemos de suponer que la pastoral es esencial —no puede faltar, no debe faltar— en nuestras obras, y nos concentramos a partir de este momento en lo más importante y característico de la formación pastoral a ofertar a directivos, personal y equipos.

¿Cuál es la esencia de la pastoral? **El encuentro con Dios al modo “de Jesús de Nazaret... que tiene como horizonte y promesa la entrega de la persona, el servicio, el compromiso con el hermano, especialmente con el pobre y el pequeño. ¿Con qué acento? Con el de Ignacio de Loyola, ‘en todo amar y servir’.**³ Este encuentro trastoca toda la existencia, de modo que es inconcebible dar siquiera un paso sin contar con Él. La esencia, pues, de la formación pastoral no tiene que ver primeramente con un “corpus” doctrinal, o con unas herramientas a manipular debidamente, o con

¹ La fórmula pertenece al Concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451, y se refería a las dos naturalezas de Cristo. Nos permitimos un uso más flexible de la misma, esperando aclarar la unidad que creemos existe entre esencia y realidad.

² La cita completa dice: “Y todo, Dios mío, a quien me confieso por haber tenido misericordia de mí cuando aún no te confesaba, todo por buscarte no con la inteligencia... sino con los sentidos de la carne, porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”. Cf. *Confesiones*, libro 3º, cap. VI, n. 11.

³ DARÍO MOLLÁ, S. J., *Espiritualidad para educadores*, Mensajero, Bilbao 2010, p. 11.

contenidos y/o técnicas; la esencia de la formación pastoral es una experiencia personal, de encuentro con el Señor de esta historia y dueño del corazón humano.

Podemos llegar a dar fe de lo anterior si echamos la mirada atrás. Hay un momento preciso, determinado, en los altibajos de nuestras vidas, donde probamos algo diferente. Esta diferencia generó entonces una historia diferente que es la que nos ha traído hasta esta Asamblea, y guía nuestros pasos en todo momento (si se lo permitimos). A algún teólogo se le ocurrió hablar de Dios en estos términos: “Él es la diferencia que hace una diferencia” (Cf. Juan Luis Segundo). En un momento determinado, en un lugar preciso, hice una experiencia “diferente” pues supuso la presencia de Dios que se coló en mi historia, y a partir de entonces se ha dado una historia diferente en mi vida.

Ahora bien, ¿cómo sistematizar en un plan de formación una experiencia netamente personal, donde, además, no todo depende de nosotros? Insistimos en la calidad personal de dicha experiencia para subrayar que nadie puede hacerla en nuestro lugar, así como tampoco se nos puede eximir de ella. Entonces, ¿qué hacer?, ¿cómo engranar la experiencia del Dios de Jesús — que le salió al paso a San Ignacio y que él aceptó procesualmente en su vida hasta llegar a convertirse esta presencia en la esencia de su existir y en lo que mejor lo identificaba— con nuestra vida?

La esencia de la formación pastoral es el encuentro con Dios, guiados por el acento que nos legó San Ignacio. Nosotros podemos incidir en dos ámbitos de la formación pastoral, dejando a cada persona que se adentra en la senda del encuentro con Dios la responsabilidad de poner todos los medios para que “la cita” tenga lugar, “actuando como si todo dependiera de él, pero sabiendo que todo depende de Dios”. El primer ámbito tiene que ver con crear un **ambiente propicio para el encuentro con el Señor**. El segundo, en cambio, tiene que ver con algunos **contenidos que apertrechan a la persona para que efectivamente se encuentre con el Dios de Jesús de Nazaret**, y no con otro a quien luego buenamente podría llamar “Dios”, sin serlo.

4. Preparar el lugar para el encuentro

Hay un refrán que exitosamente ronda entre nosotros y que podemos adaptar a lo que deseamos compartir aquí: “El hombre propone, y Dios dispone”. Sumergirse en el inefable océano que es conocer a Dios y a nosotros mismos a partir de su mirada implica primeramente crear un lugar para ello. Un espacio físico sereno, silencioso, apartado, recogido, es el más indicado para este fin (concebir que el encuentro con Dios puede igualmente darse en el mercado, en el ascensor, en el bus o en la capillita, reclama cierto “kilometraje” espiritual). Sin embargo, queremos llamar la atención sobre dos elementos que la formación pastoral ha de ofrecer y cultivar entre sus participantes y un tercero que es requerido.

Primero: El silencio

Hay que introducir a la persona en la escuela del silencio, de manera que se habitúe a oír la voz de su Creador y la de las demás personas con quienes convive y comparte el trabajo pastoral. Hoy día, asistimos perplejos a un fenómeno global que no sabe de distinguos a la hora de anidarse en el corazón humano, y que brillantemente fue descrito por Laureano Márquez en un editorial que tituló “Evasión”:

Algo me llamó la atención esta semana: Obama halló el escondite de Bin Laden... porque no tenía ni celular, ni teléfono, ni Facebook ni cuenta de Twitter, ni correo electrónico. Es la “aldea global” de la que hablaba McLuhan, que llegó para quedarse, al punto de que quien se mantiene al margen es sospechoso, ubicable, predecible. Las noticias se saben ya antes de que sucedan. Las guerras se

transmiten en directo. Las comunicaciones se aceleraron tanto que no hay nada ya que comunicar. Los teléfonos nos permiten retratar crepúsculos que nunca contemplamos y ya tenemos tantas fotografías que no las vemos. Reducimos nuestro pensamiento a 140 caracteres y nos acostumbramos a pensar poquito. Publicamos en la red nuestra vida privada, mientras le ponemos rejas a las casas y blindamos los carros.

Chateamos con el que está al otro lado del planeta y no saludamos al vecino. Hasta el amor se ha vuelto virtual. Ya la gente no se enamora en la vida real, sino en la red. El romance se globalizó... Viene el sexo virtual con cables conectados a la computadora. En un Ipod tenemos todas las canciones que vamos a escuchar en el resto de la vida, pero preferimos la radio, porque nos sorprende.

Hablamos con el que no está y eso nos impide mirar al que está, que luego, cuando deja de estar, ocupa nuestra atención. Los pulgares adolescentes van a mutar: El metacarpiano del pulgar se separará con el tiempo del trapecio y quedará flotante para poder desplazarse por el Black Berry en un ángulo de 360 grados. La pareja tiende a la fidelidad conyugal, no por convicción, sino porque ya no hay excusa para estar inubicable. Una dama londinense descubre la traición de su marido a través de Google Earth. Todo puede ser visto, todo fotografiado y enviado en directo. Cada hombre es una agencia de noticias. Las redes sociales nos conectan y violan las barreras autoritarias impuestas en las legislaciones. Creo que lo que viene es la conexión directa al cerebro vía puerto usb... la gente comprará la carrera universitaria de su preferencia en un CD pirata y la grabará en su cerebro y le hará "delete" si no le va bien. En este mundo que nos ha tocado vivir, lo real y lo virtual se confunden, todo se ha vuelto ficción, ya nada es creíble o todo se cree... En este mundo virtual, solo la miseria es real. ¡Dios mío!, lo que se inventa uno para evadir.⁴

En este mundo, donde la bandera del progreso la enarbola la tecnología, tenemos a mano todas las herramientas para comunicarnos y sin embargo no hemos sido capaces de satisfacer nuestro corazón inquieto. En la actualidad, por ejemplo, Ipod ha revolucionado el modo de oír música, ¡una música que no llegaremos a escuchar jamás! Sin embargo, no encontramos parangón sociocultural que señale el modo revolucionario de guardar silencio, ¡para poder oír lo esencial!

Los seres humanos ciertamente somos raros. Tardamos sólo dos años en aprender a hablar, y setenta en aprender a callarnos. ¿Por qué nos resistimos tanto al silencio? ¿Para que hemos de estar permanentemente conectados? ¿Qué es lo que tiene el silencio que tanto aterra o, en el mejor de los casos, incomoda? El silencio tiene una propiedad invaluable: nos ayuda a oír. Aclarémonos: estamos a favor de las bondades tecnológicas presentes, y las explotamos hasta donde nos lo permite el conocimiento de las mismas; sin embargo, llamamos la atención contra aquella valencia evasiva presente en la cultura moderna, que atenta directamente contra la cualidad del silencio, pues no nos deja escuchar lo que realmente cuenta para nuestras vidas. El silencio, en lugar de apartarnos de nuestra realidad, nos coloca con ambos pies en la misma, oyendo profundamente lo que tiene que decirnos.

Pues bien, para que haya encuentro con Dios, para que nos oigamos a nosotros mismos desde lo más hondo de nuestro ser, y para que escuchemos nuestra realidad nacional, nuestras instituciones educativas, etc., hemos de aprender antes que nada a guardar silencio. Un plan de formación pastoral debe tomar esto en cuenta.

En los Estados Unidos, China y Japón, ya se abrieron clínicas para desintoxicar a los adictos de Facebook (las casas de recuperación para internautas ya existen desde hace unos cuantos años). Este dato curioso vale igualmente para nosotros: el primer paso para una revalorización del silencio pasa por la desintoxicación en la que estamos inmersos todos, producto de la omnipresencia de los instrumentos comunicativos en nuestro día a día. Necesitamos de ese espacio acogedor, íntimo,

⁴ Cf. Diario *Tal Cual*, 06 de mayo de 2011.

familiar, que nos facilite nadar a contracorriente con el ambiente, porque nos da hondura, porque nos posibilita crecer hacia adentro. Sugerimos pues que los planes de formación pastoral promuevan estos “nichos” de silencio... ¡Dentro de las obras educativas! Sólo así prestaremos oído al Espíritu Santo que habita en nuestros corazones (Cf. Rom 5,5), y desde allí le habla a nuestro espíritu. Sólo así podremos oírnos a nosotros mismos cuando llamemos a Dios, “Padre” (Cf. Rom 8,15).

Segundo: El discernimiento espiritual

Es presupuesto fundamental para propiciar el encuentro con Dios cultivarse en la escuela del discernimiento espiritual: la introspección, la autoevaluación, el examinarse a sí mismo frecuentemente (sin escrúpulos, por favor). Hay que promover mirarse hacia adentro. Uno de los terrenos privilegiados de la automanifestación de Dios es el corazón del hombre.⁵ Emmanuel, Dios-con-nosotros, es también Dios-dentro-de-nosotros; y nos habla continuamente. Él quiere comunicarse con nosotros. Él quiere compartir con nosotros sus planes, que no son otros que orbitemos alrededor de la Vida verdadera que ofrece, que aprendamos de la humanidad de su Hijo Jesús —nuestro Hermano—, que sí puede cumplir competentemente lo que ofrece y no alcanza la tecnología, es decir, la integración de la persona, la felicidad, el gusto profundo de las cosas, porque el hacer no está enemistado con el ser. En Jesucristo encontramos la plenitud de nuestra humanidad.

Hay un detalle que debemos asomar, sin embargo. Cuando hablamos de encuentro con el Señor, lamentablemente éste no se da bajo las coordenadas espacio-temporales en que nos hallamos nosotros, sino que el encuentro con Dios es relativo. Nos explicamos: ningún encuentro con Él es “en vivo y directo”, es decir, inequívoco, sino parcial: está determinado por nuestra condición histórica —que Dios respeta, por otro lado—. El Concilio Vaticano II lo ha expresado con claridad al afirmar que Dios habla amigablemente al hombre con lenguaje humano.⁶ Dios, por ende, tiene su modo de expresarnos su voluntad. Es tarea nuestra dar con ella.

Si el presupuesto inicial del encuentro con Dios es el silencio, y si a esto le hemos sumado el aprendizaje del “automonitoreo”, complejicemos más la situación afirmando que Dios no es el único en hablarnos, y de allí que el propio examen exija formarnos en el discernimiento. San Ignacio afirma que existen dos espíritus, uno, el buen espíritu o Espíritu Santo, o espíritu de Dios, o espíritu de Jesús. El otro espíritu es el malo o el diablo, para no alargarnos en sinónimos. A estos dos, agregamos otros dos: el “espíritu de este tiempo”, o “de la institución”, y el espíritu que posee cada uno de nosotros. Estos espíritus tienen en común que nos mueven, nos impulsan, desean llevarnos a su propio territorio. Ellos operan sugiriéndonos cosas. Empecemos por los dos últimos.

Existe un espíritu grupal, que incita a sus miembros a “dar lo mejor de sí mismos”, por ejemplo. Tal sería el caso de una obra que promueva en su comunidad un trabajo de excelencia. Después está el espíritu que cada uno de nosotros tiene: es lo que nos anima; gracias a él sabemos que siempre podemos dar más de nosotros mismos, nutre nuestra creatividad, necesariamente no tiene porqué poseer unos contenidos “religiosos”, aunque en la práctica los concrete. En cierto sentido, hay quien lo identifica con la conciencia, desde el momento en que nos habla, nos sugiere, apoya o desalienta ciertas acciones y sus respectivas consecuencias, etc. Si nos referimos al otro par de espíritus, el bueno desea nuestro crecimiento e integración personal, busca que nos humanicemos abrazando el proyecto de Jesús, favorece nuestra identidad y vocación de hijos y hermanos, dirige nuestros pasos

⁵ AGUSTÍN DE HIPONA, “Mas he aquí que Él está donde se gusta la verdad: en lo más íntimo del corazón” (Cf. *Confesiones*, libro 4º, cap. XII, n. 18). La siguiente frase apunta bellamente en la misma dirección: “... único, verdadero y buen Señor de tu campo, mi corazón” (*Ibidem*, libro 2º, cap. III, n. 5).

⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Dei Verbum, sobre la Divina Revelación* (1965), Cap. I, n. 2.

en la misión que tenemos entre manos y que apunta en definitiva a que haya siempre más Reino de Dios. El mal espíritu es todo lo contrario: nos quiere divididos, negativamente insatisfechos. “Por sus frutos los conocerán”, dice el evangelio: los frutos del buen espíritu son la paz, la alegría honda, la esperanza, etc.; los frutos del malo son el desasosiego, la amargura, la tristeza...

Al hecho de que a Dios nos aproximamos relativamente hay que sumarle que estos cuatro espíritus hablan en continuación y siempre dentro de nosotros; el buen espíritu, el malo y el institucional no saben de reglas. Seguramente hemos hecho experiencia de cuanto se ha dicho: vivimos habitados por una alharaca de voces que día y noche nos están sugiriendo cosas, ideas, imágenes, recuerdos, fantasías, colores, olores... y pare usted de contar. A diferencia de las sensaciones que captan nuestros sentidos, estas “voces” tienen la facultad de movernos, creando en nosotros estados anímicos que ayudan o menos a nuestro crecimiento personal (y de seguidores de Jesús).

Resumiendo: debemos ofrecer a nuestro personal todo el instrumental del discernimiento ignaciano —tan útil para la vida— de manera que puedan cribar la voz del buen espíritu de las demás, y así vayan dándose cuenta con quién se están encontrando realmente en los momentos formales de recogimiento y oración, pero también en el cotidiano.

Tercero: El acompañamiento

Escuela de silencio y discernimiento espiritual requieren de un acompañante. Este camino no se hace solo, generalmente. Al tratar de dinámicas decididamente humanas es menester una persona con suficiente experiencia en ambos aspectos de manera que acompañe el proceso, hasta que los interesados puedan desenvolverse con soltura en el encuentro con Dios y en la interesante tarea de identificar quién lo habita interiormente. Este acompañante ha de poseer dos cualidades por encima de muchas otras. Por una parte, es una persona que mantiene vivo y actual el encuentro con Dios, sabiéndose dependiente siempre de dicho encuentro. El acompañante, de cara a Dios, será un discípulo siempre abierto a aprender —dejándose sorprender— por tan grata presencia. Por otro lado, el acompañante sabe guiar a aquellos que Dios ha puesto en sus manos; él posee el instrumental para ello. El acompañante, de cara a las demás personas, es un maestro... ¡Y todos los aquí presentes sabemos a qué nos estamos refiriendo cuando apelamos a este calificativo!

Reiteramos lo que vale la pena retener. Lo esencial de la formación pastoral es el encuentro con Dios, el de Jesús. Para que este encuentro tenga lugar, de parte nuestra hemos de acrecentar nuestra capacidad de guardar silencio para así oír lo que realmente merece la pena en esta historia; tenemos que familiarizarnos con el discernimiento para poder identificar quién guía nuestros actos, y se ha quedado a vivir en nuestro corazón, auténtico lugar donde se libran las batallas más encarnizadas por querer ser más humanos; tenemos que ponernos confiadamente en manos de otro para que nos acompañe. Todo lo demás, es iniciativa de Papá Dios.

¿Por qué insistimos en el encuentro como lo esencial de la formación pastoral? Quien no se ha encontrado con Dios es un fanático... en nuestro contexto, un ¡fanático de la educación! Es probable que maneje nuestro lenguaje, pero no será fiel a nuestra identidad y menos aún a la misión que desarrollamos. No será una persona feliz, y probablemente tampoco genere felicidad en quienes lo rodean.

Más arriba afirmamos de pasada que la relación con Dios no es inmediata, sino relativa. Nos explicamos someramente para enganchar esta última parte de nuestro aporte con lo dicho hasta aquí.

Efectivamente, el modo de relacionarnos con Dios no es históricamente hablando directo, sino que requerimos de mediaciones. Esto no está en contradicción con lo que san Ignacio de Loyola señala

en los Ejercicios Espirituales, cuando dice que el Creador quiere comunicarse directamente con su criatura,⁷ sino que, en la línea de lo que igualmente hemos expresado: el encuentro con Dios es una experiencia personal; quien da los Ejercicios no ocupa mi lugar en el encuentro mediato con Dios, sino que se aparta para que sea yo quien viva dicha experiencia. ¿Por qué “mediato”? Salvo contadas excepciones en la historia de la espiritualidad, el modo como Dios nos sale al encuentro es a través de su Palabra, de los sacramentos, de los acontecimientos históricos, de la propia vida, de las demás personas, de experiencias fronterizas... ¡y de los estudios!

5. Contenidos que apertrechan a la persona para el encuentro

Dijimos que lo esencial de la formación es el encuentro con el Divino bajado del cielo, para que la tierra se convierta en cielo. Una vez asegurado esto, necesitamos formarnos, estudiar aquello que está relacionado con el encuentro, para saber más sobre Aquel con quien nos encontramos, sin despreciar la sabia máxima ignaciana de que en definitiva hay que “sentir y gustar internamente”⁸... aquello que ya sabemos ¡Y, si no lo sabemos, estamos invitados a aprenderlo!

Me parece que urge ofrecer un curso de Cristología Bíblica a todo el personal de nuestras instituciones. Dicho curso pretende abarcar las nociones básicas de la Cristología como ciencia pero partiendo del relato de los Evangelios, especialmente. Ello implica trabajar con autores y leer sistemática y narrativamente el Nuevo Testamento, valiéndonos de la “exégesis canónica”, según la propone como método Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*.

Una segunda batería de estudio ha de girar en torno a la historia de la Iglesia, afincándonos sobre todo en la historia de la comunidad primitiva y en el Concilio Vaticano II; los demás periodos de la historia pueden esperar. Por otro lado, hay que dar a conocer ordenadamente las Conferencias Episcopales Latinoamericanas, de modo que acerquemos nuestra vista al lugar donde nos corresponde evangelizar (y dejarnos evangelizar).

El tercer espacio a cubrir es el estudio de los Sacramentos, concentrándonos particularmente en la Eucaristía y la Reconciliación. El punto de partida de los mismos ha de ser el Concilio Vaticano II.

Por último, hay que volver a ofrecer un curso de Mariología, dada la importancia de Nuestra Señora en el cotidiano.

Finalmente, se pudieran ofertar en calidad de “complementarios” un curso de lectura cristiana de la realidad, y un curso para Acompañantes de Pastoral.

A todos agradezco la infinita paciencia para conmigo. Lo dicho es una buena excusa para propiciar más diálogo. Nuevamente, gracias.

⁷ *EE. EE.*, n. 15: “De manera que el que los da no se decante ni se incline a la una parte ni a la otra; mas estando en medio, como un peso, *dexe immediate* obrar al Criador con la criatura, y a la criatura con su Criador y Señor”.

⁸ *EE. EE.*, 2: “... porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente”. En honor a la verdad, en esta Anotación segunda San Ignacio recomienda a quien da los Ejercicios que sea breve en su exposición o “puntos”, como los conocemos hoy día, de modo que quien hace los Ejercicios sea el protagonista, llegue por propia iniciativa a extraer los frutos que el encuentro da, si así Dios lo ha dispuesto, queriéndose donar. En tal sentido, lo gustado no es la idea sabida que el Director de Ejercicios me dio, sino don divino, porque así Él lo quiso. Con otras palabras: sentir y gustar no son un *alibi* para alejarnos de la igualmente experiencia humana de usar nuestra inteligencia, tan necesaria especialmente porque la relación con Dios es mediata, y nosotros necesitamos de dichas mediaciones para continuar relacionándonos con Él.